

Un Fragmento sin estructura: Capítulo 4

Autor: K_Lepónce

"Hey... hey, ¡hey! No te vayas, despierta. ¡HEY!"

11:30 PM - Tren en dirección al Valle del Sur:

Mm, parece que me había dormido. Me desperté y han pasado ya una hora y media desde que subí al tren.

La máquina avanza lento, como si dudara del camino. Las ventanillas están normales: algunas sucias por el polvillo del trayecto, otras ligeramente astilladas, como si algún viejo intento de escape las hubiese marcado.

Del otro lado sólo veo campos secos, algunas vacas flacas, y cables colgando como cuerdas sin tensión.

Estoy sentado al lado de una señora dormida que roncaba suave, con la mochila entre las piernas y un nudo en el estómago que no era hambre.

No sabía bien a dónde iba. Tampoco importaba. Cerré todo: redes, contactos, mi casa... incluso partes de mí.

Solo quería moverme, cambiar de aire. Y sin embargo, lo único que sentía era ese viento nuevo, más limpio, pero igual de ajeno.

Tenía todo. Así que... ¿qué más da?

Me eché a dormir otras horas. De campos a ciudades, de ciudades a estaciones, y de estaciones a más nada.

Gente subía y bajaba como si supieran exactamente adónde ir. Algunos sacaban conversaciones espontáneas con sus compañeros de asiento.

Yo, en cambio, sólo estaba... tranquilo. Expectante. Feliz, tal vez. Esperando mi nuevo viaje.

La noche cayó. Me mantuve despierto observando: Una madre que abraza a su hijo dormido, un chico escuchando música fuerte, un viejo que lee un diario viejo, etc.

Finalmente, la parada se acercaba. El tren empezaba a desacelerar.

Ya casi llegaba a su destino. O al menos, a lo que yo pensaba que era uno.

Había pasado un día entero en el viaje. Sin duda, el recorrido más largo que había tenido en mi vida.

Al bajar, el andén era un caos: gente empujándose, valijas golpeando, murmullos, gritos, bocinas. Entre empujes y tropiezos, note que algo se cayó:

—¡Oigan, esperen! ¡Hey!

No importa. Ya era tarde. Una de mis pertenencias quedó atrás, pero... tampoco podía hacer mucho frente a una multitud que avanzaba como estampida.

Suspiré. Me acomodé la mochila en el hombro y empecé a caminar. Explorar. Era un área grande, desordenado, con carteles medio colgando y una voz por altoparlante que no se entendía del todo.

No conocía nada, así que fui preguntando, mirando mapas pegados en las paredes, esquivando vendedores. Hasta que vi las paradas de taxi.

No tenía hambre. Había comido en el tren y dormido lo justo, así que tenía energía para otro viaje. Así que subí a uno de los autos.

—¿Adónde vamos, jefe?—Preguntó el taxista, un tipo canoso, con bigote y olor a cigarro.

—No estoy seguro... solo quiero recorrer un poco. ¿Hay algún lugar tranquilo para empezar?

Me miró de reojo por el espejo:

—Mmm... depende qué entiendes por "tranquilo". ¿ciudad, campo, río?

—Quiero... algo más chico. hay algún pueblo en el Valle del Sur, si puede ser.

—Hay uno, sí. No tiene mucho, pero es pintoresco. Aunque de ahí hasta el valle es un trecho.

—Entonces llévame hasta ahí porfavor.

El viaje siguió por calles desconocidas, avenidas con negocios apagados, y barrios que empezaron a perder forma. Me bajé en una pequeña ciudad intermedia. Caminé por sus veredas, pasé por un kiosco donde compré agua y algo para picar. Vi carteles con nombres que no me decían nada. Pregunté por el pueblo. Algunos no lo conocían. Otros me señalaron con la mano hacia un costado del mapa.

—Debes agarrar la ruta vieja, esa que bordea el cerro. Hay combis que te dejan por ahí, pero pasan cada tanto.

Esperé un par de horas. Luego me subí. La comi era rústica, con asientos duros y olor a nafta, pero me llevó.

Finalmente, llegué. El cartel era oxidado apenas legible.

Un pueblo que no salía en Google Maps.

Lo importante es que había llegado, y con eso una meta cumplida mientras exhalaba de alivio.

El pueblo era simple. Y eso me gustaba.

Casas bajas, calles de tierra y cemento, árboles viejos con ramas largas que daban buena sombra; No tenía muchas señales ni edificios altos, pero sí vecinos que saludaban con la cabeza, perros sueltos que cruzaban sin apuro, y un silencio que se sentía... limpio.

Caminé un rato. Me acerqué a un almacén pequeño, donde una mujer con delantal me vendió pan casero, un poco de queso y una gaseosa tibia.

—¿Eres nuevo por Aquí?—Preguntó, sonriendo.

Asentí. Me preguntó de dónde venía, le respondí con evasivas. No insistió.

Después busqué dónde quedarme. Un cartel medio torcido en una reja decía "alquiler temporal". Toqué timbre. Un señor mayor me atendió con una voz ronca y amable. Por un precio justo, me ofreció un pequeño departamento: una habitación, baño con ducha, cocina oxidada pero funcional, y una ventana con vista a un árbol.

Me instalé. Me bañé. Guardé mis pocas cosas. Comí en la mesa del living viendo por la ventana cómo caía el sol sobre los techos bajos.

Esa noche salí a caminar de nuevo. El pueblo era todavía más callado después de las 9. Algunas casas tenían la tele prendida, otras luces apagadas. Se escuchaban grillos. Y de vez en cuando, un auto viejo que

pasaba lento.

Al día siguiente, repetí: paseo por los bordes del pueblo, fotos con la cámara, charla corta con un vendedor de empanadas, más comida, más sol.

El lugar parecía detenido en el tiempo. Y por primera vez en mucho, no sentía prisa por estar en otro lado.

Pero fue en ese momento, mientras buscaba una foto que había sacado... que me di cuenta.

No tenía el celular. Revisé bolsillos, mochila, la campera. Nada.

Ni rastro.

Lo había perdido.

Probablemente en el tren, tal vez entre los empujones, o en alguna de las paradas en el camino.

Me quedé sentado en la cama, mudo.

Sin celular.

Sin contactos.

Sin registros.

Sin nadie.

Al día siguiente, me desperté con el canto de un gallo y el sonido de una radio que sonaba desde alguna casa vecina. Me vestí sin apuro y salí temprano, con una bolsa de tela vacía y ganas de caminar.

El sol recién asomaba entre las nubes, filtrándose entre los árboles y dejando sombras largas en la calle. Pasé por una panadería que olía a levadura y horno caliente, compré unas facturas rellenas y me senté en

una plaza a comerlas. Un perro se acercó moviendo la cola, se echó a mi lado y se quedó dormido en mis pies. Solo se que mi genuina reacción fue una leve sonrisa. Una sonrisa agasajadora.

Miré a mi alrededor: Señora barriendo la vereda, chicos andando en bicicleta, un abuelo leyendo el diario en un banco. Todo tenía un ritmo tan distinto, tan calmo, que por un momento sentí que no existía el tiempo.

Caminé después hasta el borde del pueblo, donde empezaba el campo. Desde ahí se veía una ruta delgada recortando los pastos, y un cartel que indicaba la dirección al "Valle marqués - 12 km".

Me quedé parado mirando el horizonte, sin pensar en nada. No necesitaba respuestas, ni planes. Solo seguir. Aunque no supiera bien hacia dónde.

16:07 PM: cuatro días tras el viaje.

Mañana nublada, todo seguían en un calmo. Mientras yo me preparaba para ir a ese valle marqués. Aunque al revisar mis cosas (lo que quedaba), el dinero de mi billetera parecía haber bajado significativamente. Y al haber recalculado nuevamente, algunos supuestos contactos que residían en el pueblo cerca de la ciudad no había notado nuevamente sobre la existencia de ellos. Pero no importaba. Con una mueca de preocupación, agarre un poco del dinero, me fui a la parada del autobús, y esperé ...

Luego de treinta minutos el autobús llegó, y con eso algunas personas se subieron (Tal vez unas 15), y con un suspiro yo también.

—Por la avenida marqués del valle porfavor— Dije mientras el chófer asentía bajando la cabeza.

Y me senté mientras escuchaba otra vez ese típico sonido. Aquí era diferente, debido a ser un lugar un tanto rocoso el autobús tenía que pasar no por autopistas si no por carreteras pero seguía mirando tranquilamente tal vez allí encontraría mejores cosas para intentar abastecerme.

....

El trayecto siguió su curso por más de una hora. El pueblo había quedado atrás, y ahora todo era camino serpenteante, bordeando montañas suaves, algo con árboles secos y piedras sueltas al paso de autos avanzando en la carretera.

Yo iba sentado del lado de la ventana. El paisaje tenía algo hipnótico. Curvas, barrancos, señales oxidadas. De fondo, las voces de otros pasajeros: charlas bajas, risas ocasionales. El bebé que lloraba suave dos asientos atrás. Todo tan... normal. Hasta que no lo fue.

Un volantazo. Un chillido de ruedas. Gritos.

“¡EH PARA! ¡NOO!”

Un bache o algo peor. No lo vi. El conductor gritó algo inentendible y luego todo se volvió torpe, lento y pesado.

El autobús se ladeó a la derecha, tembló, y ahí el terror tomó forma: estábamos yendo directo hacia el borde. Un guardarraíl vencido. Un grito colectivo. Una caída en forma de degrade rompiendo las barreras de metal que separarán de la carretera.

El tiempo se volvió viscoso y un retumbar contra el piso y árboles de abajo resonó...

Oscuridad.

Eh... ¿qué-...? ¿Qué pasó?

Lo único que puedo ver es con mí ojo derecho: Gente con la cabeza y cuerpos agachados en sus asientos, sentados boca abajo.

Estoy... estamos, ¿En el autobús? ¿En diagonal?

El impacto me pegó fuerte. Siento un zumbido en los oídos. Escucho gemidos, bajitos, como si vinieran de otro lado. El chofer... está muerto. Lo veo tirado abajo de todo; fuera del asiento, medio colgado, y quieto.

Parpadeo fuerte. No es un sueño. Es real.

Muevo apenas la cabeza la tengo apoyada sobre el lado derecho. Siento el vidrio molido contra la mejilla.

La ventana izquierda está rota; veo árboles, sonidos de grillos, y nada más que sonidos de autos arriba.

Estamos abajo de la carretera.

¿Cuánto tiempo pasó?

¿Ya es de noche?

¿Nadie nos vino a buscar?

Me lanzo por la ventana. Tropiczo. Caigo.

"¡AHH!"

Toso de desesperación.

Respiración cortada.

Estoy sangrando.

—¿Qué...?—jadeo, ahogado estando fuera del autobús, en la tierra y el piso.

No entiendo nada. Veo a otros tratando de salir también. Algunos susurran.

“¡AYUDAAAAA!”

“¡POR FAVOR!”

Nada.

Nadie.

Los autos de arriba... no me oyen. No hay sirenas. No hay nada.

No sé qué pasó. No sé en qué momento. Pero estoy aquí.

Camino. No sé adónde, pero camino. Tal vez si voy hacia el costado derecho del bosque encuentre algo. Una calle. Una casa. Cualquier cosa.

Me duelen las costillas.

Lloro, pero no por tristeza. Lloro del dolor.

Intento volver, subir a la carretera, pero no puedo.

Simplemente no puedo.

No sé— no sé qué hago. Estoy caminando en medio de la noche. Ya me alejé completamente del autobús. De las personas que quedaron allá, sufriendo. Solo... seguí caminando entre los árboles, sin rumbo. Mi expresión ya no es la de alguien que piensa, es la de un nene asustado.

“¡Ahg...!”

Me desplomo al suelo. Me arrastro hasta una pequeña loma cubierta de pasto alto y maleza. Me cuesta respirar entre jadeos.

"¡AAAAHGGHHH!"

Ese es el grito. El único que me sale. ¡Maldición! ¡No! ¡NO! Fui un idiota, fui imprudente; dejé mis cosas en el autobús, perdí todo. Que mal hice? Estoy perdido, Me duele... me duele, me duele...

Las lágrimas caen sin permiso, mezcladas con la sangre seca y el polvo. Estoy haciendo esos ruidos horribles de alguien que ya no se guarda nada. Como un niño llorando solo.

Pensé... pensé que este viaje iba a cambiar mi vida. Tal vez no me informé. Tal vez no debía borrar todo mi pasado. Tal vez nunca debí salir ¡Maldita sea! Tengo frío, Estoy asustado. Miro en todas direcciones con los ojos desorbitados, como si algo pudiera saltar de entre los árboles.

—Amigos.. mamá... por favor...

Sigo llorando, moqueando, temblando. Me estoy desangrando. No sé dónde estoy. No sé qué día es. No sé si alguien va a encontrarme.

¿Que pasa? porque no encontré nada! Me duele el estómago mientras me sostengo con mis manos. Hago ruido mientras mis dientes cierran fuerte: mezclá de delirio, culpa, rencor y resignación en mi mismo suspiro.

Capaz... he sido yo. Capaz no debí ser tan violento con quienes me lastimaron en el pasado. ¿Realmente es por eso? ¿Es castigo de Dios? ¿O simplemente la maldita vida? No, no es nada de eso.

Padre... ¡Padre! ¿Por qué me dejaste ir? ¿Por qué me abandonaste aquí? Nunca más pensaste en mí. Nunca te escuché volver.

Madre... ¿por qué nunca me contaste nada? ¿Por qué fuiste así? ¿Porque me olvidaron chicos? Aún recuerdan a Luan?

Yo... lo lamento. A los que herí. A los que abandoné. Perdón.

Ese líquido espeso que pasea mí alrededor. Casi caliente pero a la vez, se siente como un analgésico.. Me calma del frío.. me hace sentir aliviado.

Aunque mis pestañas se cierran.

La luna me deslumbra con su lucidez y resplendor. O... ¿Acaso es la luna?

¿Realmente busqué que esto pasara? ¿O fue solo un accidente casual más?...

Oye porque... ¿Por qué estoy mirando sólo el piso y la tierra?

Je...

Ahora que lo pienso...

Tengo sueño.

Creo que... Siempre tuve sueño.

S-u-e-ñ-o.

...

..

.

Fin

--Únete a la mejor plataforma literaria en español, FICTOGRAMA.COM, un universo de palabras y ficción--. -Texto escrito por K_Lepónce